

DRAMATIS PERSONAE

Antígona, hija de Edipo (María).

Ismene, hija de Edipo (Salvi).

Creonte, rey, tío de Antígona e Ismene (Paco)

Eurídice, reina, esposa de Creonte (Mar).

Hemón. Hijo de Creonte (Ángel/Javi).

Tiresias, adivino, anciano y ciego (Pedro).

Un guardián (África).

Un mensajero (Fuensanta).

Coro de ancianos nobles de Tebas, presididos por el

Corifeo (Belén).

Fuensanta, Javi, Noa, Juanma, Ana, Lucía participarán también en el CORO.

TRADUCCIÓN y
ADAPTACIÓN:
Francisco J. Pérez
Cartagena

(La escena, frente al palacio real de Tebas con escalinata. Al fondo, la montaña. Cruza la escena Antígona, para entrar en palacio. Al cabo de unos instantes, vuelve a salir, llevando del brazo a su hermana Ismene, a la que hace bajar las escaleras y aparta de palacio).

ANTIGONA: Ismena, querida hermana, de las desgracias que empezaron con Edipo ¿conoces alguna que Zeus no haya cumplido con nosotras? Porque no hay dolor ni desdicha, vergüenza o infamia, que falte entre nuestros males. Y ahora, ¿has oído hablar del decreto de obligado cumplimiento que nuestro general ha promulgado?

ISMENA: No, Antígona, no tengo novedades, ni alegres ni dolorosas, desde que las dos perdimos a nuestros hermanos, que han muerto en un mismo día, dándose mutua muerte. Desde que el ejército de Argos se retiró durante la noche pasada, no sé nada que me haga más feliz ni más desgraciada.

ANTÍGONA: Estaba segura, y por eso te he hecho salir del palacio para que puedas oírme a solas.

ISMENA: ¿Qué sucede? Hablas de modo sombrío.

ANTIGONA: ¿Y cómo podría no hacerlo? Creonte ha decidido otorgar a uno de nuestros hermanos los honores de la sepultura y en cambio se los niega al otro. A Etéocles, según dicen, lo ha mandado enterrar para que sea honrado entre los muertos; al desdichado cadáver de Polinices, en cambio, dicen que ha prohibido darle sepultura e incluso llorarle: hay que dejarlo sin lágrimas ni tumba, dulce tesoro a merced de las aves; y que cualquiera que viole su mandato, morirá públicamente lapidado. Esto es lo que tenía que comunicarte. Pronto mostrarás si eres digna de tu estirpe o sólo una cobarde.

ISMENA: Pero, infeliz, si ésta es la situación, por mucho que me empeñe, ¿qué podría ganarse?

ANTÍGONA: ¿Me ayudarás? ¿Colaborarás conmigo?

ISMENA: ¿En qué aventura? ¿Qué estás planeando?

ANTÍGONA: ¿Levantarás el cadáver junto a mí?

ISMENA (tras unos segundos de silencio incrédulo): ¿Piensas darle sepultura, a pesar de que se haya prohibido a toda la ciudad?

ANTÍGONA: Es mi hermano y el tuyo, lo quieras o no. Si me arrestan, no será por traición.

ISMENA: ¡Desdichada! ¿A pesar de la prohibición de Creonte?

ANTÍGONA: No tiene ningún derecho a apartarme de los míos.

ISMENA: ¡Ay de mí! Piensa, hermana, en Edipo, nuestro padre, que murió aborrecido y deshonorado, tras reventarse los ojos con sus propias manos por los pecados que en sí mismo descubrió; y después, su mujer, -y su madre, que las dos cosas fue-, acabó con su vida ella misma con una soga trenzada; y, en tercer lugar, mira cómo en un mismo día nuestros dos hermanos se han dado muerte, hiriéndose mutuamente. ¡Ahora que sólo tú y yo sobrevivimos, piensa en la muerte aún más vergonzosa que nos espera si desafiamos el decreto y el poder del tirano! Hay que asumir que somos mujeres, incapaces por tanto de luchar contra hombres. En cuanto a mí, que los muertos me perdonen, pero obedeceré a los que están en el poder, pues emprender lo que sobrepasa nuestra fuerza no tiene ningún sentido.

ANTÍGONA: (Vuelve el rostro a su hermana gradualmente a medida que elle habla) Aunque más tarde quisieras, tu ayuda ya no sería de mi agrado. Haz lo que te parezca. Yo, por mi parte, le daré sepultura. Para mí será hermoso morir cumpliendo ese deber. Tú deshonra, si quieres, las leyes más sagradas.

ISMENA: ¡No las deshonorro! Es que no tengo recursos para plantar cara a los ciudadanos.

ANTÍGONA: Bonita excusa. Yo, por mi parte, iré a levantar un túmulo para mi queridísimo hermano.

ISMENA: ¡Ay, desgraciada!, ¡qué miedo siento por ti!

ANTÍGONA: (irónica) No tiembles por mí; mejor, preocúpate de enderezar tu vida.

ISMENA: Por lo menos no se lo digas a nadie. Manténlo secreto; yo haré lo mismo.

ANTÍGONA: ¡No! ¡Anúncialo a gritos! Más odiosa me serás si callas, que si se lo cuentas a todos.

ISMENA: Si al menos pudieras tener éxito... pero te apasionas por un imposible.

ANTÍGONA: Puede, ¡cuando me quede sin fuerzas, lo dejaré!

ISMENA: (perdiendo fuerza en su argumentación) Pero... no hay que perseguir lo imposible.

ANTÍGONA: Si sigues hablando así, te ganarás mi odio y también serás odiosa al muerto, a cuyo lado has de descansar un día. Déjame con mi temeridad, que yo afrontaré este peligro, ya que ningún peligro temo más que morir sin nobleza.

ISMENA: Pues adelante, si estás decidida. Al emprender este camino me pareces insensata, pero también amiga fiel de tus seres queridos.

(ANTÍGONA e ISMENA se retiran. ANTÍGONA se aleja por la izquierda; ISMENA entra al palacio. El CORO, compuesto de ancianos de Tebas, entra y saluda lo primero al Sol naciente.)

CORO: ¡Rayo de Sol! ¡La más bella luz que jamás ha brillado sobre Tebas, la de las siete puertas! Por fin te muestras, ojo de este insigne día, llegando por encima de la corriente del Dirce. Tú has obligado a huir en desbandada al ejército de blanca armadura que vino de Argos.

CORIFEO: Zeus aborrece los desafíos de una lengua altiva; y al ver a los de Argos avanzar contra nosotros como riada impetuosa, con el estruendo orgulloso de sus resplandecientes armas, con su rayo derribó al guerrero que, encaramado a la muralla, se disponía ya a cantar victoria.

CORO: Sobre el suelo, que retumbó con el golpe, cayó fulminado el portador de la antorcha. El gran Ares, como caballo impetuoso, repartió castigos entre los siete jefes enemigos: junto a las siete puertas, y enfrentados a otros tantos rivales fueron abandonando sus armas como tributo a Zeus.

CORIFEO: Sólo dos infelices, guiados por su mutua enemistad, aunque hijos de un mismo padre y una misma madre, enfrentando sus lanzas entre sí, participaron de una misma muerte.

CORO: Pero al fin llegó la gloriosa Victoria, recompensando a Tebas por su amor y devolviéndole la alegría. La guerra ha terminado. Olvidémosla. Y ahora, que Baco, dios que con sus danzas hace temblar la tierra de Tebas, dirija nuestra celebración.

CORIFEO: Pero aquí llega Creonte, hijo de Meneceo, nuevo rey del país gracias a los sucesos recién promovidos por los dioses. ¿Qué proyectos le habrán llevado a convocar esta asamblea de ancianos?

(Entra CREONTE con numeroso séquito.)

CREONTE: Os he mandado llamar porque conozco vuestra obediencia a Layo y también a Edipo mientras gobernaron la ciudad, y a sus hijos, cuando éste murió. Una vez muertos éstos en un mismo día quedo yo, como pariente más cercano, dueño del poder y del trono de Tebas. (PAUSA) Es imposible conocer el espíritu y el pensamiento de un hombre si no se le ha visto gobernar. Yo considero, hoy como ayer, un mal gobernante al que permite que el miedo le encadene la lengua; y el que quiere más a un amigo que a su propia patria, no me merece ningún respeto. ¡Que Zeus eterno, que todo lo observa, me escuche! Creo, desde luego, que la salvación de la patria es la salvación de todos y que siempre tendremos aliados mientras nuestra nave avance gobernada con timón firme. Apoyándome en estos principios, acabo de hacer proclamar por toda la ciudad una orden relativa a los hijos de Edipo: que Etéocles, que murió combatiendo por la ciudad con valor sin igual, sea enterrado en un sepulcro y se le hagan y ofrezcan todos los sacrificios expiatorios que convienen a quienes mueren con gloria. Por el contrario, a su hermano, (con desprecio) a ese Polinices, el desterrado que volvió del exilio con ánimo de saciarse con vuestra sangre y reduciros a la condición de esclavos, queda públicamente prohibido hacerle funerales y llorarlo. ¡Que se le deje insepulto, y que su cuerpo quede vergonzosamente expuesto para que sirva de pasto a la voracidad de las aves y de los perros! Tal es mi decisión; que nunca apreciaré más a un malvado que a un hombre de bien.

CORIFEO: Eres dueño de imponer tu voluntad, tanto sobre los muertos como sobre los vivos.

CREONTE: Vigila, pues, que mis órdenes se cumplan.

CORIFEO: Encarga a otros más jóvenes esa vigilancia.

CREONTE: No me refiero a eso. Ya hay guardias vigilando el cadáver.

CORIFEO: Entonces, ¿qué otra cosa tienes que encargarnos?

CREONTE: Que seáis inflexibles con los que desobedezcan mis órdenes.

CORIFEO: Nadie será tan loco que desee la muerte.

CREONTE: Y ésa sería su recompensa. Pero por ambición de riquezas se pierden a menudo los hombres.

(Llega un MENSAJERO, uno de los guardianes colocados cerca del cadáver de Polinices. Después de muchas vacilaciones, se decide a hablar.)

MENSAJERO: Rey, sin aliento llego, pero no por haber venido corriendo, porque varias veces me he detenido a pensar, y al volver a andar, me volvía a parar y a desandar el camino. Pero al final decidí a presentarme ante ti. Y aunque no pueda explicar nada, hablaré, pues tengo la esperanza de sufrir

tan sólo lo que el Destino haya decretado.

CREONTE: ¿Qué hay? ¿Qué es lo que te tiene tan perplejo?

MENSAJERO: Primero te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni he visto al autor; así que no sería justo que yo sufriese castigo por ello.

CREONTE: ¡Cuánta prudencia y cuántas precauciones tomas! Es evidente que vas a anunciar novedades.

MENSAJERO: Voy a hablarte, pues ... Un desconocido, después de haber cubierto el cuerpo del muerto con árido polvo y cumplido los ritos necesarios, ha escapado.

CREONTE: ¿Qué dices? ¿Qué hombre se ha atrevido a tanto?

MENSAJERO: No lo sé. Sólo sé que no ha dejado pistas. Cuando el primer centinela dio la noticia el hecho nos causó una triste sorpresa; el cadáver no se veía; no estaba enterrado, sólo cubierto con fina capa de polvo. Ni rastro de fieras ni de perros que lo hubieran arrastrado. Entre nosotros hervían las sospechas. Cada centinela echaba la culpa al otro, pero nadie parecía culpable, cuando al fin, uno de nosotros habló de modo que no podíamos ni contradecirle ni proponer una solución mejor. Su opinión fue que había que comunicarte lo que pasaba y no ocultártelo. Esta idea prevaleció, y fue a mí, desgraciado, a quien se eligió a suertes para darte esta *feliz* noticia. Así que aquí estoy, contra mi voluntad, y también contra la tuya, estoy seguro, que nadie desea un mensajero de males.

CORIFEO: Señor, ¿no estará en esto la mano de los dioses?

CREONTE: (que ha ido incrementando su cólera durante la narración del mensajero; Al CORIFEO, irritado) ¡Basta, o harás estallar mi ira! Es insensato suponer que los dioses puedan preocuparse por ese cadáver. ¿Cómo podrían ellos premiar a quien vino a incendiar sus templos y a alterar el país y sus leyes? ¿Cuándo has visto tú que los dioses honren a los malvados? No, desde luego. Sin embargo... desde hace tiempo algunos ciudadanos murmuran contra mí, negándose a someterse a mi yugo, como conviene. Esas personas, sin duda, habrán sobornado a los centinelas induciéndoles a hacer lo que han hecho. De todas las creaciones humanas, ninguna ha resultado más funesta para el ser humano que el dinero. El dinero devasta las ciudades, expulsa a los hombres de sus hogares, seduce las almas nobles y las incita a toda clase de acciones vergonzosas, perfidias e impiedades. ¡Por Zeus, a quien venero ahora y siempre, tened por cierto mi juramento: si no encontráis, y traéis ante mis ojos, a aquel que cumplió esos ritos fúnebres, la muerte no os bastará: seréis colgados vivos hasta que descubráis al culpable y aprendáis que no se debe querer sacar ganancia de todo! Veréis que de actos vergonzosos pocos son los que obtienen beneficio y muchos más los que reciben castigo.

MENSAJERO: (temeroso) ¿Me dejas decir una palabra, o debo retirarme sin

más?

CREONTE: ¿Es que aún no sabes cuánto me molestan tus palabras?

MENSAJERO: Es el culpable quien hiere tu alma; yo, tan sólo ofendo tus oídos.

CREONTE: ¡Bah! ¡Valiente charlatán has salido!

MENSAJERO: De acuerdo, pero yo no he cometido el crimen.

CREONTE: Y además, has vendido tu alma por dinero.

MENSAJERO: ¡Gran error es basarse en sospechas, y que las sospechas sean falsas!

CREONTE: ¡Sigue charlataneando sobre la sospecha! Si no me traéis a los culpables, sabréis, más pronto que tarde, que las ganancias indignas causan graves perjuicios.

(El GUARDIÁN se retira.)

SEMICORO1: Hay muchas maravillas; pero la más asombrosa de todas es el hombre. Él atraviesa mares agitados por el tempestuoso Noto, desafiando las rugientes olas. Infatigable, explota cada año a la diosa más poderosa e inagotable, la Tierra, con el ir y venir del arado y la ayuda de las mulas. Con su ingenio, captura al animal salvaje y montaraz; y somete por igual bajo el yugo al caballo de espesas crines y al indómito toro salvaje.

SEMICORO2: Él descubrió la palabra y el pensamiento, ágil como el viento, y las costumbres civilizadas. Aprendió a resguardarse de la nieve y de las lluvias torrenciales. Llegará el día en que tenga recursos para todo. Sólo para la muerte no hallará escapatoria, aunque ha descubierto remedios para enfermedades incurables.

CORO COMPLETO: Su hábil ingenio, provisto de recursos inimaginables, se abre camino, a veces hacia el mal, otras hacia el bien. Si cumple las leyes de su patria y la justicia de los dioses, alcanza reconocimiento en la ciudad; en cambio, si desprecia el bien con insolencia, es rechazado. Que no viva en mi casa ni conmigo comparta pensamientos quien así se comporte.

(Llega de nuevo el CENTINELA trayendo atada a ANTÍGONA).

CENTINELA: ¡Aquí traigo a la autora del delito! La hemos cogido cuando iba a enterrar el cadáver. Pero, ¿dónde está Creonte?

CORIFEYO: Sale del palacio, justo a tiempo.

(Llega CREONTE.)

CREONTE:

¿Qué sucede? ¿Para qué es oportuna mi presencia?

CENTINELA: Señor, los mortales no deberíamos empeñarnos en jurar que algo es imposible, pues el conocimiento desmiente la primera impresión. No hace mucho, en efecto, asustado por tus amenazas, yo me había jurado no volver a poner los pies aquí. Pero una alegría inesperada no tiene comparación con ningún otro placer. Por eso vuelvo ahora, pese a mis juramentos, para traerte esta muchacha, descubierta cuando preparaba la tumba. Y este descubrimiento es mío y de nadie más. Ahora, señor, ya puedes interrogarla; en cuanto a mí, es justo que me libre de estas desgracias.

CREONTE: Esta que traes ¿dónde estaba y cómo la apresaste?

CENTINELA: Así sucedió: cuando regresé, asustados por tus terribles amenazas, barrimos todo el polvo que cubría al muerto y dejamos el cadáver al descubierto. Después, para huir de su olor, pues ya se descomponía, nos sentamos de espaldas al viento, en la cima de la colina. Así permanecemos hasta que la resplandeciente esfera del Sol se paró en el centro del éter y el calor quemaba. En este momento, se levantó un torbellino que devastó la vegetación de la llanura y oscureció el aire, pero cuando la calma volvió, después de un rato, vimos a esta joven lamentarse con una voz tan aguda como la del ave desolada que al regresar al nido lo encuentra vacío de sus polluelos. Con sus manos recogió en seguida polvo seco, y luego, con una jarra de bronce bien labrada, derramó sobre el difunto tres libaciones. En seguida, al ver esto, nos lanzamos sobre ella; todos juntos la apresamos, sin que mostrase miedo en absoluto. De lo que antes sucedió y de lo de ahora, admitió su culpa en todo, sin perder la compostura, lo que para mí es dulce, pero también amargo: me alegra escapar de mis males, aunque me apena conducir a un ser querido a la desgracia. Pero me veo a salvo, y todo lo demás me importa poco.

(Una pausa.)

CREONTE (Dirigiéndose a ANTÍGONA.): ¡Eh! Tú, tú que bajas la frente hacia la tierra, confirmas o niegas haber hecho lo que éste dice?

ANTÍGONA: Lo confirmo, y no niego absolutamente nada.

CREONTE (Al CENTINELA.): Ya puedes ir a donde quieras. Estás libre de la acusación.

(El CENTINELA se va, contento, pero se detiene a mirar un segundo a Antígona con pena)

CREONTE (Dirigiéndose a ANTÍGONA.): En cuanto a ti, ¿conocías mi prohibición? ¡Contesta sin rodeos!

ANTÍGONA (Hasta aquí ha permanecido mirando al suelo; ahora levanta la cabeza desafiante y mira a CREONTE.): La conocía. ¿Cómo ignorarla? Era

bien clara.

CREONTE: ¿Y aún así osaste desobedecer la ley?

ANTÍGONA: Sí, porque no es Zeus quien la ha dictado, ni la Justicia; y no creía que tus decretos, siendo mortal, pudieran transgredir las leyes inmutables de los dioses. No son de hoy ni de ayer esas leyes; existen desde siempre y nadie sabe a qué tiempos se remontan. No iba a ganarme el castigo de los dioses por temor a la voluntad de un hombre. Tenía claro, incluso antes de tu orden, que estaba muerta, ¿cómo dudarlo? Pero si muero antes de tiempo, para mí es una suerte: cualquiera que, como yo, vive rodeado de desgracias, ¿cómo no va a considerar ventajosa la muerte? Por tanto, el destino que me espera no me causa ninguna pena. En cambio, mi pesar habría sido enorme si hubiese abandonado sin sepultura el cadáver de mi hermano. Lo demás me es indiferente. Si me crees loca por esto, quizá es que cuento mi locura a otro loco.

CORIFEO: En esta naturaleza indomable se reconoce a la hija de un padre indomable: no sabe ceder ante la desgracia.

CREONTE (Dirigiéndose al CORIFEO): ¡Bah! Sé que los caballos más bravos se doman con una pequeña brida. El orgullo sienta mal a quien no es su propio dueño. Y ésta sabía que infringía las leyes y a esa ofensa añade otra, la de presumir de su desobediencia. Pero en verdad, no sería yo el hombre, sino ella, si triunfa en este desafío. ¡Aunque sea hija de mi hermana y mi pariente más próxima, no escaparán a una muerte infamante ella ni su hermana, su hermana, sí, pues también a ella la acuso de haber participado! (A LOS ESCLAVOS) Llamadla. Hace poco la he visto en palacio, fuera de sí, porque el corazón de los que preparan actos censurables suele traicionarse antes de cometerlos.

ANTÍGONA: Ya me has cogido. ¿Quieres algo más que matarme?

CREONTE: Nada más; con eso lo tengo todo.

ANTÍGONA: Pues, entonces, ¿a qué esperas? Tus palabras me disgustan y ojalá me disgusten siempre, ya que a ti mis actos te son odiosos. (Con un gesto designando el CORO.) Si no fuera porque el miedo encadena sus lenguas, todos estos aprobarían mi conducta. Pero los tiranos cuentan entre sus ventajas la de poder hacer y decir lo quieren.

CREONTE: ése punto de vista es sólo tuyo.

ANTÍGONA: nada de eso, es el de todos, pero ante ti cierran la boca.

CREONTE: ¿Y no te avergüenza comportarte de un modo distinto?

ANTÍGONA: No hay nada vergonzoso en honrar a los hermanos.

CREONTE: ¿No era también tu hermano el que murió combatiendo contra éste?

ANTÍGONA: Mi hermano era, de padre y madre.

CREONTE: Entonces, ¿por qué hacer a éste honores que ofenden al otro?

ANTÍGONA: No diría que lo son el cadáver del difunto.

CREONTE: Sin embargo, el uno destruía esta tierra y el otro luchaba por defenderla.

ANTÍGONA: Hades, sin embargo, quiere igualdad de leyes para todos.

CREONTE: No; mi enemigo jamás será mi amigo después de muerto.

ANTÍGONA: No he nacido para compartir el odio, sino el amor.

CREONTE: Muy bien. Ya que tienes que amar, ve bajo tierra a amar a los que ya están allí, que en mí, mientras viva, no mandará una mujer (Se ve llegar a ISMENA entre dos esclavos.)

CORIFEO: Mirad, ante las puertas, a Ismena; derrama lágrimas de amor por su hermana. Una nube en sus ojos ensombrece su rostro enrojecido, sus bellas mejillas, bañadas en llanto.

(Entra ISMENA.)

CREONTE: ¡Tú, como una víbora, arrastrándose silenciosa en mi hogar, bebías, sin yo saberlo, mi sangre en la sombra...! ¡No sabía yo que criaba dos criminales dispuestas a derribar mi trono! Vamos, habla, ¿vas a confesar tú también haber participado en los funerales, o jurarás que no sabías nada?

ISMENA: Así es, si ella lo acepta; comparto la responsabilidad y el castigo.

ANTÍGONA (Vivamente.): Pero la Justicia no lo permitirá: ni tú querías ni yo te hice partícipe.

ISMENA: Pero no me avergüenza navegar contigo en tu desgracia.

ANTÍGONA: Hades y los dioses infernales saben quiénes son los responsables. A quien sólo me ama de palabra, no la quiero como amiga.

ISMENA: Hermana mía, no me niegues la honra de morir contigo y haber honrado al difunto.

ANTÍGONA: No intentes unirme a mi muerte y atribuirte algo que no has hecho. Con que muera yo, será bastante.

ISMENA: ¡Ay de mí, desgraciada! ¿No podría yo compartir tu muerte?

ANTÍGONA: Tú ya escogiste: vivir. Y yo, morir.

ISMENA: Al menos no dejé de decirte mis razones.

ANTÍGONA: Ánimo. Tú vives; pero mi alma está muerta desde hace tiempo.

CREONTE (al coro): De estas dos muchachas, os aseguro que una acaba de enloquecer y la otra nació ya loca.

ISMENA: Es que, ¡oh rey!, hasta la más fecunda inteligencia se extravía en las desgracias.

CREONTE: Así fue con la tuya, desde luego, cuando quisiste ser cómplice

de malvados.

ISMENA (para sí): Sola y sin ella, ¿para qué vivir?

CREONTE: No hables más de ella, pues ya no existe.

ISMENA: (recuperando ánimo) Y ... ¿vas a matar a la prometida de tu hijo?

CREONTE: No quiero para mis hijos mujeres malvadas.

ISMENA: ¡Ay, querido Hemón, tu padre te deshonorra!

CREONTE: Es Hades quien impedirá esa boda.

ISMENA: Entonces, según parece, su muerte está decidida...

CREONTE: Bien te lo parece, y también a mí. ¡No más retrasos! Esclavos, llevadlas al palacio. Que queden retenidas, como corresponde a mujeres.

(Unos esclavos se llevan a ANTÍGONA e ISMENA. CREONTE queda.)

SEMICORO1: Dichoso quien no conoce en su vida la desgracia. Porque cuando una familia es sacudida por los dioses, el infortunio, sin descanso, azota su descendencia. Como cuando los terribles vientos de Tracia azotan las aguas y remueven hasta el fondo los abismos submarinos, y los acantilados resuenan con lamentos al recibir sus golpes, así ahora, en la mansión de los Labdácidas, nuevas desgracias se acumulan sobre las antiguas.

SEMICORO2: Hoy, que una luz de esperanza se difundía en la casa de Edipo, algún dios infernal, la insensatez de una lengua y la furia de un alma, la han extinguido. ¡Oh, Zeus! ¿Qué orgullo humano podría atajar tu poder? Ni siquiera el sueño, que todo lo domina, ni la interminable duración del tiempo entre los dioses puede hacerlo. Tu reino sobre el resplandeciente Olimpo no conoce la vejez.

CORO: Para el mortal, hay una ley inmutable que rige hoy, como ayer y lo hará siempre: en la vida de los hombres nunca falta la desgracia. Para muchos la esperanza es un consuelo; para otros muchos sólo es engaño de sus deseos insensatos.

(HEMÓN entra por la puerta central.)

CORIFEO: Pero aquí viene Hemón, tu hijo menor. ¿Vendrá triste por la suerte de Antígona, su joven prometida, y llorando por su boda frustrada?

CREONTE (Al CORO.): En seguida vamos a saberlo mucho mejor que los adivinos. (A HEMÓN.) Hijo mío, al escuchar mi decisión acerca de la que iba a ser tu esposa, ¿vienes enfurecido con tu padre o me sigues amando, sean cuales sean mi decisiones?

HEMÓN: Padre, te pertenezco. Tú me guías con tus sabios consejos, y yo los seguiré. Ninguna boda valdría para mí más que tu sabia guía.

CREONTE (satisfecho): Hijo mío, así debe ser siempre en tu corazón: respeta la opinión paterna por encima de todo. Por esto piden los hombres engendrar hijos obedientes. El que tiene hijos que no le sirven, ¿qué engendra sino problemas para sí y motivos de burla para sus enemigos? No pierdas nunca, hijo, la sensatez por el placer de una mujer, pues es muy frío el abrazo que da en la cama una mujer perversa. Rechaza, pues, a esa joven como a un enemigo, y que se busque un esposo en el Hades.

Quien se maneja bien en los asuntos domésticos, sabrá también dirigir con justicia un Estado. Y ese hombre, sin duda, sabrá mandar tan bien como obedecer las órdenes que reciba, y en el fragor del combate permanecerá firme en su puesto. No hay mayor desgracia que la desobediencia: destruye las ciudades, trastorna a las familias y empuja a la derrota las alianzas. En cambio, la obediencia supone la salvación de muchas vidas. Hemos siempre de ofrecer la nuestra a los que nos gobiernan, y evitar que sea menoscabada por una mujer.

CORIFEO: A mi juicio, si la edad no lo ha nublado, has hablado con sensatez.

HEMÓN: Padre, el regalo más valioso que los dioses otorgan a los hombres, es la prudencia. No podría ni sabría decir que tus palabras no sean sensatas. Sin embargo, también es posible razonar de otro modo. Tú no sabes lo que se rumorea por la ciudad, pues el hombre corriente te teme, sobre todo para decirte algo que no te agrada. Pero para mí es fácil escuchar a escondidas cómo la ciudad compadece a la muchacha. Dicen: “merece menos que nadie una muerte deshonrosa, pues se ganó el elogio al impedir que su hermano, privado de sepultura, fuera despedazado por los perros hambrientos o las aves. ¿No merecería más bien un brillante reconocimiento?” Estos son los rumores que circulan en silencio. Para mí, padre, nada tiene más valor que tu prosperidad. ¿Qué mayor orgullo para un hijo que la fama de un padre en plenitud, como para un padre la de sus hijos? Pero no te acostumbres (fórei??) a considerar que la tuya es la única opinión válida. Ni siquiera el sabio debe avergonzarse de aprender y no ser intransigente. Fíjate que, en invierno, junto al torrente que viene crecido por la lluvia, sólo los árboles que se doblegan conservan sus ramas, mientras que los que resisten son arrastrados de raíz. Cede, pues, en tu cólera y cambia tu decisión, que es bueno aprender de los que aconsejan sensatamente.

CORIFEO: (a CREONTE) Rey, te conviene escuchar lo que hay de sensato en sus palabras (A HEMÓN), y también a ti. ¡Tanto el uno como el otro habéis hablado bien!

CREONTE: ¿A mis años tendré que aprender a razonar como un hombre de su edad?

HEMÓN: Sólo si es justo. Aunque sea joven, no es la edad, sino las buenas acciones lo que hay que valorar.

CREONTE: ¿Es una buena acción honrar a los que violan la ley?

HEMÓN: Así al menos lo afirma el pueblo de Tebas.

CREONTE: ¿La ciudad ha de dictarme lo que debo ordenar?

HEMÓN: ¿No ves que ahora hablas como un joven inexperto?

CREONTE: ¿Corresponde a otro que no sea yo el gobernar esta tierra?

HEMÓN: Una ciudad no puede pertenecer a un solo hombre.

CREONTE: ¡Criatura innoble, esclavizado por una mujer!

HEMÓN: Al menos, no cederé ante la vergüenza.

CREONTE: En todo caso, sólo hablas a favor de ella.

HEMÓN: Y en tu favor, y el mío, y el de los dioses infernales.

CREONTE: Jamás te casarás con ella, al menos viva.

HEMÓN: Ella morirá, pues; pero con su muerte tendrás la de otro.

CREONTE: ¿Te atreves a amenazarme?

HEMÓN: ¿Te amenazo por razonar contra decisiones insensatas?

CREONTE: ¡Con lágrimas, vas a razonar!, ya que careces de sensatez.

HEMÓN: ¿Pretendes hablar sin escuchar a nadie?

CREONTE: ¿Esas tenemos? Pues entérate, por el Olimpo: no te quedarás tan tranquilo después de insultarme. (Dirigiéndose a los guardianes.) ¡Traedme aquí a ese ser odioso! ¡Que muera ahora ante la mirada de su prometido!

HEMÓN: ¡Ni se te ocurra pensarlo! Ni ella morirá ante mis ojos, ni tú volverás a ver mi rostro con los tuyos. Comparte tu locura con tus amigos.

(HEMÓN se va.)

CORIFEO: Mi Rey, ese hombre se ha marchado lleno de ira. Una mente tan joven lleva mal el dolor.

CREONTE: Que se marche, y que siga creyéndose más que un hombre. Jamás apartará a estas dos muchachas de su destino.

CORIFEO: ¿Entonces, vas a matarlas a las dos?

CREONTE: (dándose cuenta de su error) A la que no participó, no; tienes razón.

CORIFEO: Y ¿cómo quieres matar a la otra?

CREONTE: La llevaré por un sendero no pisado por el hombre y la encerraré viva en una caverna de roca, sin más alimento que el mínimo necesario para evitar el sacrilegio y preservar de maldiciones a la ciudad. Y allí, que suplique a Hades, el único dios que respeta. (Irónico) Quizá con sus súplicas escape a la muerte.

(CREONTE entra en palacio).

CORO: Amor, invencible en el combate. /Amor, que tan pronto te arrojas sobre fieras salvajes/ como duermes en las tiernas mejillas de una joven;/ sobrevuelas los mares y los agrestes refugios de las fieras,/ nadie de ti escapa, ni entre los inmortales/ ni entre los mortales, criaturas efímeras;/ quien te posee, pierde la cabeza. Vuelves injusto el corazón del justo/ hasta llevarlo a la ruina.

También a ti se debe esta pelea entre dos hombres de una misma sangre./ Y vence el atractivo de los ojos de una novia deseable,/ comparable en poder a las leyes eternas que rigen el mundo/: ¡invencible en su juego es la diosa Afrodita!

(Aparece ANTÍGONA conducida por dos centinelas y con las manos atadas.)

CORIFEO: Incluso yo, al ver esto, me siento arrastrado a desobedecer las leyes, pues no puedo contener mis lágrimas al ver cómo Antígona avanza hacia un lecho común a todos los humanos.

(Entra ANTÍGONA, entre dos esclavos, con las manos atadas)

ANTÍGONA (Saliendo del palacio.): ¡Miradme, ciudadanos de mi patria! ¡Ved cómo emprendo mi último camino y contemplo por última vez la luz del Sol! Pues Hades, que a todos trae el sueño, me lleva viva, a las orillas del Aqueronte.

CORIFEO: Pero marchas al abismo de los muertos llena de gloria y elogios, no infectada por mortal enfermedad ni sometida por la espada. Por vivir según tus leyes, serás la única entre los mortales que baje al Hades libremente.

ANTÍGONA: ¡Ay, patria! ¡Fuentes de Dirce y bosque sagrado de Tebas! ¡Sed vosotros, al menos, testigos de cómo, sin amigos que me lloren, me dirijo hacia una prisión bajo tierra, insólita tumba! ¡Ay, qué desgraciada soy! ¡No estaré con mortales, sino muerta, pero tampoco con los muertos: ni con los que viven, ni con los difuntos!

CORIFEO: por llegar al extremo del valor, hija, te has golpeado contra el alto trono de la Justicia. Pagas, sin duda, las culpas de tu padre.

ANTÍGONA: ¡Recuerdos muy amargos has despertado en mí: el destino de mi padre y la ruina total que cayó sobre nosotros! ¡De qué padres, desgraciada, nací! Voy ahora, maldita, sin casar, a compartir con ellos su mansión. ¡Ay, hermano mío, qué unión funesta has formado! ¡Con tu muerte, arruinaste mi vida hasta la muerte!

CORIFEO: Es piadoso, sí, honrar a los muertos; pero el que tiene la llave del poder no puede tolerar que se viole ese poder. Esto lo sabías, pero tu carácter altivo te ha perdido.

ANTÍGONA (no escucha): Sin llantos, sin amigos, sin cantos de boda, me

llevan, infeliz de mí, a este viaje ineludible.

(Entra CREONTE)

CREONTE: (Enfurecido, a los guardianes que conducen a ANTÍGONA.):
¿No os la llevaréis de una vez? Cuando la encerréis, como he dicho, en una
cueva, dejadla allí sola, abandonada; si muere, o vive en su tumba, nosotros
estaremos libres de culpa por su muerte.

ANTÍGONA: ¡Ay, tumba...! ¡Ay cámara nupcial!... ¡Ay eterna morada
subterránea que para siempre has de guardarme! ¡Voy hacia ti, a reunirme
con los míos, a quienes Perséfone ya ha recibido entre las sombras! ¡Iré allí,
al menos, con la esperanza de que mi llegada sea grata a mi padre; grata a
ti, madre mía, grata a ti también, hermano querido! Cuando os llegó la
muerte, mis propias manos os lavaron, os vistieron y derramaron libaciones
sobre vuestras tumbas; y ahora, Polinices, por enterrarte, ¡ésta es mi
recompensa! Abandonada por mis amigos, ¡desgraciada!, marchó en vida a
las cavernas subterráneas de los muertos. ¿Qué ley divina he incumplido?
¿De qué me sirve ahora, desdichada, elevar mi mirada hacia los dioses? ¿A
cuál puedo llamar como aliado, si el premio a mi piedad es ser tratada como
una impía?

CORIFEO: Las mismas tempestades que agitaban su alma aún la
atormentan.

CREONTE: ¡Llorarán por su lentitud quienes la llevan!

ANTÍGONA: ¡Ay de mí! ¡Tus palabras me llevan a las puertas de la muerte!

CREONE: No te aconsejo, en efecto, que esperes que mis órdenes
quedarán incumplidas.

(Los esclavos empujan a Antígona, que cede lentamente, mientras va
hablando)

ANTÍGONA: ¡Oh, Tebas, ciudad de mis padres! Y vosotros, dioses de mis
antepasados, se me llevan, sin remedio. ¡Ciudadanos ilustres, mirad a la
última descendiente de una estirpe real! ¡Mirad lo que padezco, y a manos
de quién, sólo por respetar los ritos religiosos!

(ANTÍGONA es llevada lentamente por los guardias; el CORO canta.)

CORO: También perdió Dánae/ la luz del firmamento / en su prisión
de bronce;/ allí encerrada, en sepulcral recinto,/ se sometió al yugo
de la Necesidad./ Y ello, ¡Ay, hija, hija! a pesar de su ilustre linaje,/ y
de guardar en su seno la semilla de Zeus/, que hasta ella llegó como
lluvia de oro./ Pero terrible es el poder del Destino/, y ni riqueza, ni
guerra, ni torres/ ni negros navíos que las olas sacuden/, pueden
esquivarlo.

(Llega TIRESIAS de la mano de un niño.).

TIRESIAS: Soberanos de Tebas, hemos llegado los dos mirando el camino

con los ojos de uno; pues los ciegos tenemos que andar siguiendo a un guía.

CREONTE: ¡Anciano Tiresias! ¿Qué nuevas traes?

TIRESIAS: Yo te las mostraré y tú confía en el adivino.

CREONTE: Nunca he despreciado tus consejos.

TIRESIAS: Pues reflexiona en esta encrucijada del destino.

CREONTE: ¿Qué sucede? Tiemblo ante tus palabras.

TIRESIAS: Lo sabrás, si escuchas los presagios de mi arte.

“Estaba yo sentado en el asiento

donde observo las señales de los pájaros,

cuando oí los extraños y funestos

graznidos de unas aves;

comprendí, que las unas a otras

con las garras se atacaban.

Asustado, intenté realizar un sacrificio

en el fuego del altar,

pero el fuego no prendía en las ofrendas;

la grasa de los muslos goteaba

en las brasas, humeando y crepitando.

Los muslos se quemaron, se derritió la grasa,

el hedor de la bilis se esparcía: ¡insentidos

que presagiaban delitos escondidos!”.

Todo esto me lo contaba este niño, que es mi guía, como yo lo soy de otros.

La ciudad está enferma por tu decisión: los dioses ya no aceptan las súplicas

de nuestros sacrificios ni el fuego de las ofrendas; ningún ave grazna

sonidos de buen augurio, pues todas están saciadas de la grasienta sangre

del muerto. ¡Piensa, hijo mío, en estas señales! El orgullo es padre de la

necedad. Como quiero tu bien, bien te aconsejo: nada es más grato que

aprender de quien habla en tu provecho.

CREONTE: Anciano, como arqueros contra el blanco, disparáis todos

vuestras flechas contra mí. ¡Ni de la adivinación voy a librarme! ¡Vamos!

¡Hace tiempo que me habéis vendido! Sacad riquezas de esto, compraos

ámbar en Sardes y oro en la India, si os apetece; pero a ése (por Polinices)

jamás lo enterraréis en una tumba. ¡Ni aunque las águilas de Zeus quisieran

llevar sus restos hasta los pies de su trono divino!

TIRESIAS (irritado ante las insinuaciones de Creonte): ¿Riquezas, dices? ¡La prudencia es la mejor de todas las riquezas!

CREONTE: (irónico, refiriéndose a Tiresias) También me parece que la demencia es el más grande de los males.

TIRESIAS: Pues ésa es precisamente tu enfermedad.

CREONTE: No quiero pagar a un adivino una ofensa con otra.

TIRESIAS: Pues me ofendes cuando me acusas de falsas predicciones.

CREONTE: (irónico) Toda la raza de los adivinos es amante del dinero.

TIRESIAS: (muy irritado) Y la de los tiranos, de la adulación.

CREONTE: ¿No sabes que diriges tus palabras a tu rey?

TIRESIAS: Bien sé que eres mi rey, pues si has salvado a la ciudad y ahora la gobiernas, a mí me lo debes.

CREONTE: Como adivino eres sabio, pero amas la injusticia.

TIRESIAS: Me obligarás a revelar lo que aún guardo en mi mente.

CREONTE: Sácalo; pero sólo si no vas a hablar por interés.

TIRESIAS: Así lo creo, por lo que a ti respecta.

CREONTE: Pues has de saber que tus revelaciones no me van a comprar.

TIRESIAS: Pues bien, tú también vas a saber algo: no dará muchos giros el sol antes de que pagues esta muerte con la de un heredero tuyo, como compensación por aquellos de aquí arriba a los que tú has enviado bajo tierra, y por retener un cadáver sin honras fúnebres y sin sepultura. ¡Tú no tienes derecho a hacer eso! Ni tú, ni ninguno de los dioses celestes: al contrario, es un atropello contra ellos; por eso las Furias, vengadoras del crimen, te persiguen para envolverte en los mismos males que has causado.

Mira si es la codicia la que inspira mis palabras: se acerca la hora en que lamentos de hombres y mujeres llenarán tu palacio. (Dirigiéndose a su lazarillo.) Llévame a casa, niño. Y que éste pague su ira con hombres más jóvenes, que alimente una lengua más tranquila y conduzca sus reflexiones con más sabiduría.

(TIRESIAS y el niño se retiran. El CORO está aterrado. Silencio.)

CORIFEEO: Rey: ese hombre se ha marchado tras emitir terribles profecías, y sabemos que este adivino jamás se equivocó en sus predicciones.

CREONTE: También yo lo sé, y mi mente lucha. Es terrible ceder; pero resistirse y llevar el espíritu a la desgracia... ¡eso es igual de terrible!

CORIFEEO: Hay que pensarlo bien, hijo de Meneceo.

CREONTE: ¿Qué debo hacer? Dímelo, que te obedeceré.

CORIFEEO: Ve a sacar a la joven de su prisión subterránea y prepara una tumba para el que yace abandonado.

CREONTE: ¿Eso me aconsejas? ¿Crees que debo ceder?

CORIFEO: Sí, rey; y lo antes posible. La venganza de los dioses es veloz en alcanzar a los que perseveran en el error.

CREONTE: ¡Ay de mí! Es duro, pero renuncio a mi decisión. Es imposible oponerse a la necesidad.

CORIFEO: Marcha ahora mismo, hazlo y no lo encargues a otros.

CREONTE: Así lo haré. (Al CORO) Sirvientes, id, id, marchad con hachas hasta aquella colina. Y yo mismo liberaré a la que mandé encarcelar. Ahora temo que no sea lo mejor empeñarse en salvaguardar las leyes establecidas.

CORO: ¡oh Baco! Tú, que habitas en Tebas, patria de las Bacantes, la ciudad construida junto a las plácidas aguas del Ismeno y en el sembrado del feroz Dragón. Esta es la ciudad que amas más que a ninguna, como la amaba tu madre, muerta por el rayo; ahora una plaga amenaza a todo tu pueblo, ven, atraviesa con tu pie, que purifica cuanto toca, la cumbre del Parnaso o las olas resonantes del estrecho del Eurípilo. ¡Oh tú que diriges el coro de los astros rutilantes! Muéstrate ahora, señor, junto a tu séquito de ménades que danzan toda la noche, llamándote Iaccho, dispensador de bienes.

(Entra un MENSAJERO.)

MENSAJERO: ¡Vecinos del palacio de Cadmo! La vida de un hombre, mientras dura, no me atrevería yo a elogiarla ni a despreciarla. Pues inesperadamente la Fortuna puede ensalzar al desgraciado y derribar al afortunado; nadie puede predecir el destino reservado a los mortales. Creonte, hace poco, me parecía digno de envidia: había liberado de enemigos esta tierra; poseía un poder absoluto y unos hijos nobles. Y ahora ¡todo ha desaparecido! Cuando un hombre pierde las fuentes de su alegría, yo ya no lo considero vivo, sino un muerto que respira.

CORIFEO: ¿Qué nuevo infortunio de nuestros reyes vienes a anunciarnos?

MENSAJERO: ¡Hemón ha muerto! Una mano de su misma sangre, su sangre ha derramado.

CORIFEO: ¿La mano de su padre o la suya?

MENSAJERO: Él mismo, por su propia mano, irritado con su padre, por su crimen.

CORIFEO: ¡Oh, adivino! ¡Qué acertada fue tu predicción!

CORIFEO: Pero mira, se acerca la desdichada Eurídice, la esposa de Creonte. Quizá sea casualidad o tal vez nos ha oído hablar de su hijo.

(Entra EURÍDICE.)

EURÍDICE: ¡Ciudadanos! he oído vuestras palabras cuando iba a salir para hacer mis súplicas a la diosa Palas. Justo cuando iba a abrir la puerta, el rumor de una desgracia para mi familia hirió mis oídos. El temor me hizo desmayarme en brazos de mis sirvientas. Pero sea cual sea, repetid la

noticia: ya tengo experiencia en desgracias.

MENSAJERO: Amada Señora: te diré lo que he visto sin esconder ni una palabra. ¿De qué me serviría, si igual después habría de saberse? La verdad siempre es el camino recto. Iba yo guiando a tu esposo hacia el sitio en donde, despedazado por los perros, yacía aún el cuerpo de Polinices. Allí, lavamos el cadáver y quemamos los restos que quedaban con ramas de olivo recién cortadas. Por fin con las manos le levantamos un túmulo con tierra de su patria. Luego marchamos hacia la cueva de piedra en donde se hallaba la joven. Desde lejos alguien oye un grito y agudos lamentos que salen del sepulcro y se lo dice inmediatamente al rey. Él, a medida que se aproxima, percibe el confuso rumor de una voz angustiada. De pronto, lanzando un gran grito de dolor, emite estas lastimeras palabras: «¡Desgraciado de mí! ¡Es la voz de mi hijo la que escucho! ¡Id, corred más de prisa, sirvientes, arracad la piedra que tapa la entrada de la cueva, entrad en ella y decidme si es de Hemón la voz que oigo o si me engañan los dioses!» Obedeciendo, fuimos a ver. En el fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahorcada por una soga hecha con sus ropas. Hemón, desfallecido, la sostenía, sujetándola por la cintura; lamentaba la muerte de su prometida, el crimen de su padre y el final desastroso de su amor. Cuando Creonte lo ve, lanza un profundo gemido, se dirige a su hijo, y le llama gimiendo de dolor: «Desgraciado, ¿qué has hecho? ¿Qué pretendías? ¿Qué desgracia te ha privado del juicio? Sal, hijo mío; te lo suplico». Entonces, el hijo clava en su padre una mirada salvaje; sin responderle, le escupe a la cara, y desenvaina su espada de doble filo, pero Creonte, de un salto, esquiva el golpe. Entonces, el desgraciado, dirige su rabia contra sí mismo, hundiéndose la mitad de la hoja en el costado. Aún consciente, rodea a la muchacha con su brazo ya débil, y exhala un repentino vómito de sangre sobre la pálida mejilla de la doncella. Allí queda, cadáver, junto a otro cadáver. Finalmente ha conseguido, el infeliz, una boda, ¡pero en la mansión de Hades, demostrando a los hombres que la falta de reflexión es el peor de los males!

(EURÍDICE, enloquecida, se retira.)

CORIFEO: ¿Por qué tenías que contarlo con tanto detalle? La reina se ha marchado sin decir palabra.

MENSAJERO: Será, espero, porque al conocer la desgracia de su hijo, para no llorar en público, ha entrado en palacio a organizar el duelo en la intimidad. Aún conserva el juicio y no hará locuras.

CORIFEO: ¡No estoy seguro! El lamento exagerado suele ser falso, pero un silencio profundo puede ser muy grave.

MENSAJERO: Pues entremos a palacio porque, tienes razón, un silencio excesivo anuncia tristes presagios.

(El MENSAJERO penetra al palacio. Se ve entrar a CREONTE con un grupo

de servidores: trae el cadáver de HEMÓN.)

CORIFEO: Pero aquí llega el Rey en persona;
en sus brazos llevando
la señal evidente de su propia locura.

(CREONTE entra con su séquito.)

CREONTE:

¡Ah irreparables y mortales errores/de mi mente extraviada! ¡Ay, Sentencia insensata! ¡Ay, ay, hijo mío: joven has muerto, y tu muerte, ¡ay!,/no por tu falta de sensatez,/¡sino por la mía, ha sido!

CORIFEO: ¡Ay de mí, muy tarde me parece que ves la Justicia!

CREONTE: ¡Por fin la he conocido, desgraciado de mí! ¡Ahora un dios, ahora, /ha descargado sobre mí/la fuerza de su ira./¡Ay! ¡Ay! ¡Oh esfuerzos, /vanos esfuerzos de los mortales!

(Del interior del palacio vuelve el MENSAJERO)

MENSAJERO: ¡Oh, mi señor! Esa que llevas en las manos, es desgracia que ya tienes; pero otra nueva desgracia verás cuando entres en casa.

CREONTE: Y ¿qué otra desgracia puede ser mayor que ésta?

MENSAJERO: Tu mujer, que ha querido ser madre hasta el final de su hijo muerto, acaba de morir, por heridas que ella misma, desdichada, se ha causado.

CREONTE: Pero ¿qué dices, muchacho?

¿Qué nueva víctima me anuncias?

¡Ay, ay!

¿Mi mujer, una víctima más de esta plaga de muerte?

MENSAJERO: Puedes verla, pues ya está expuesto su cuerpo.

(La puerta se abre y se ve el cuerpo muerto de EURÍDICE).

CREONTE: ¡Ah, infeliz de mí!

¡Sostengo en mis brazos a mi hijo;
y ahí, ante mis ojos, tengo otro cadáver!
¡Ay, madre infortunada! ¡Ay, hijo mío!

MENSAJERO: Ante el altar, con una aguda espada, ha desatado la oscuridad en sus párpados, deseándote toda clase desgracias a ti, el

asesino de su hijo.

CREONTE: (arrodillándose, con las manos apoyadas en el suelo y la cabeza agachada) ¡Ay! ¡Ay! ¡Enloquezco de horror! ¿Nadie vendrá para hundirme una espada en el pecho? De todo esto soy el culpable, y digo bien: yo la maté. Llevadme, sirvientes, sacadme de aquí (dos sirvientes le levantan de los hombros y comienzan a llevarlo).

CORIFEO: Eso te hará bien, si existe el bien en la desgracia; son más llevaderas las penas cuanto menos las tenemos a la vista.

CREONTE: ¡Que llegue, que se muestre cuanto antes mi último día, el más ansiado! ¡Que llegue, que llegue, que no vea brillar el sol de nuevo!

CORIFEO: De nada te servirá suplicar, pues nadie puede escapar de las desgracias que el destino le otorga.

CREONTE: Llevaos, pues, y muy lejos, a este (se señala a sí mismo) ser insensato; al hombre, que, sin quererlo, te ha matado, hijo mío, y a ti, querida esposa! ¡Desgraciado de mí! No sé a cuál de los dos mirar, ni a dónde dirigirme. Todo lo que intento termina en ruina.

(Se llevan a CREONTE.)

CORIFEO (o Coro): La prudencia es, con mucho, la fuente primordial de la felicidad. Hay que cuidar de no faltar a las leyes de los dioses. Las palabras altaneras causan grandes reveses a los espíritus soberbios, que al fin, a la vejez, aprenden a ser cuerdos.

FIN